

Jacinto
Gómez Pastor

TERESA LAVALLE-COBO /
HÉCTOR MONTERRUBIO
Ícaro. La Granja. Segovia, 2011
95 páginas, 18 euros

Corre el año 1744 y alborea la Ilustración cuando nace en el Real Sitio de San Ildefonso Jacinto Gómez Pastor, quien al tiempo gozaría de la tutela de Goya, se convertiría en pintor de cámara de Carlos IV y moriría en Madrid en 1812. Uno de esos pintores injustamente olvidados cuya memoria recupera esta biografía de lujosa factura que es también historia de un tiempo y un lugar: La Granja de San Ildefonso entre el reinado de Felipe V y el de José I.

Teresa Lavalle-Cobo se ocupa de la primera parte del volumen, la biografía de Gómez Pastor, quien participó en la decoración de la Colegiata y del Palacio del pueblo que le vio nacer. Autor de algunas de las obras expuestas en San Antonio de la Florida, junto a los frescos de Goya, sus cuadros pueden admirarse en el Museo del Prado, la Biblioteca Nacional, o en la Real Academia de San Fernando. Las páginas finales del libro, a cargo de Héctor Monterrubio, recorren, alternando con las imágenes, la fundación del Real Sitio a la par que la llegada de los Borbones al país, y su tan corto, como de asombroso legado artístico, período dieciochesco. **C.C.**

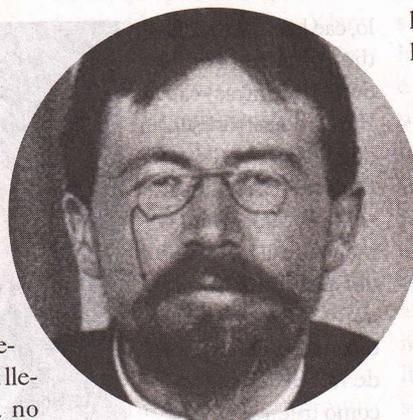
Correspondencia. Chejov-Gorki

CHEJOV-GORKI

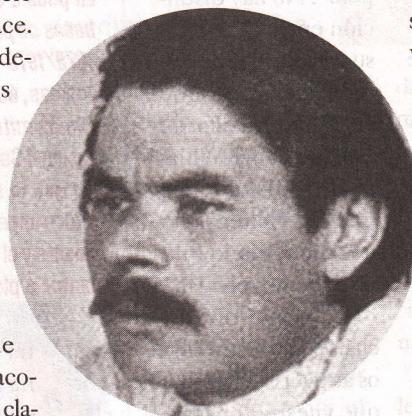
Traducción de Rubén Pujante
Funambulista. Madrid, 2011
237 páginas. 22 euros

La no muy nutrida correspondencia entre dos grandes de la literatura rusa, Anton Chejov (1860-1904) y Máximo Gorki (1868-1936), aunque breve—empieza en octubre de 1898—está llena de encanto. Pese a la no excesiva diferencia de edad entre ambos, Chejov ya enfermo de tisis y medio solitario en Crimea, donde vive por prescripción facultativa, es ya un maestro, autor de magníficos cuentos que revolucionaron el género y de obras de teatro no menos novedosas como *Tío Vania*. Gorki es un provinciano impulsivo y apasionado, un talento que comienza a descollar y que suele dudar mucho de cuanto hace. Le escribe a Chejov con la devoción y el respeto debidos a un maestro y firma casi siempre sus cartas como Alexei Pechkov, su verdadero nombre, pues Gorki (que en ruso significa “amargo”) fue un pseudónimo. Como es natural hay más cartas de Gorki que de Chejov, que sin embargo acoge al nuevo con calor, estima claramente su obra literaria y le da consejos, siempre exentos de toda pedertería. Se llegaron a ver varias veces, aunque menos de las que Gorki hubiese deseado.

Cuando Gorki va tomando conciencia social (sobre todo tras una carga de la guardia cosaca contra la gente en 1901) y está muy a menudo vigilado por



Cuando comienza la correspondencia Chejov (arriba) es ya un maestro, autor de magníficos cuentos que revolucionaron el género y de obras de teatro no menos novedosas como *Tío Vania*



Hay más cartas de Gorki que de Chejov, que, sin embargo, le acoge con calor, estima su obra literaria y le da consejos exentos de pedertería. El libro demuestra respeto mutuo y amor por su oficio

la policía, le escribe a Chejov solicitando dinero para las víctimas, pidiéndole que cambie de editor (un burgués avaro por un socialista) y aún que edite en las revistas nuevas, que si no son comunistas lo serán pronto. En lo de las revistas Chejov accede; en todo lo demás, calla. La foto de portada del libro (Chejov y Gorki sentados a una mesa en Yalta, 1900) nos demuestra muy bien quiénes eran los dos amigos, aunque siempre prepondera la admiración de Gorki.

Chejov era un burgués, un hombre moderno y europeo, que soñaba en una Rusia nueva no revolucionaria. Gorki (que llegó a ser un estandarte de la revolución bolchevique y también un incordio para ella) era un campesino de Nijni-Novgorod, un autodidacta y un personaje tan talentoso como cada vez más comprometido con la idea revolucionaria. Ahí no podían entenderse y Chejov evita el tema pero jamás deja de alentar el talento de Gorki, aconsejándole escribir teatro y corrigiendo algunas de sus piezas como *Bajos fondos*.

La correspondencia, breve y sabrosa (acaba a principios de 1904, cuando la salud de Chejov le impide otra dedicación) nos demuestra más que nos cuenta, aunque no falten curiosidades como la opinión sobre el contradictorio y viejo Tolstói. Nos demuestra el talante cordial y la comprensión honda de dos personas a quienes casi todo separa, menos el respeto y el hondo amor por su oficio. El librito es sumamente grato. **LUIS ANTONIO DE VILLENA**